

Anotaciones de un estudiante de literatura mirando al Olimpo: tres tendencias disciplinares en los programas de pregrado chilenos

Annotations from a Literature Student Looking at the Olympus: Three Disciplinary Trends in Chilean Undergraduate Study Programs

Tomás Mandiola Carrasco

Pontificia Universidad Católica de Chile

ORCID: 0009-0005-6897-9918

Date of reception: 15/01/2023. **Date of acceptance:** 20/01/2023.

Citation: Mandiola Carrasco, Tomás. "Anotaciones de un estudiante de literatura mirando al Olimpo: tres tendencias disciplinares en los programas de pregrado chilenos". *Revista Letral*, n.º 33, 2024, pp. 120-147. ISSN 1989-3302.

DOI: <https://doi.org/10.30827/rl.voi33.27145>

Funding data: The publication of this article has not received any public or private finance.

License: This content is under a Creative Commons Attribution-NonCommercial 4.0 International (CC BY-NC 4.0) license.

RESUMEN

Durante la década del noventa varios críticos literarios reaccionaron ante lo que se percibía como una reconfiguración de los estudios literarios que, de acuerdo a ciertas posturas, se verían subsumidos por los estudios culturales y los cruces disciplinares. En el ámbito académico, esta crisis de la disciplina se materializa, por ejemplo, en las nociones de literatura que orientan la elaboración de programas de pregrado que priorizan ciertos conocimientos y competencias específicas por sobre otras. Reconozco tres tendencias actualmente: la postergación de la teoría literaria en las mallas, la instalación de cursos de literatura creativa y un giro anti-academicista. En este artículo analizaré, desde la perspectiva del estudiante de pregrado, las relaciones actuales entre estudios literarios, academia y mercado, a partir de la revisión del programa de estudios de Licenciatura en Letras Hispánicas que estoy cursando actualmente.

Palabras clave: estudios literarios; academia; estudiantes de pregrado; neoliberalismo.

ABSTRACT

During the 90's several literary critics reacted to what was perceived as the reconfiguration of the Literary Studies field which, according to certain positions, were going to be subsumed by Cultural Studies and cross-disciplinary approaches. In the academy, this disciplinary crisis materializes, for instance, in the ideas of literature that guide the elaboration of undergraduate study programs which prioritize knowledge and skills despite others. I recognize three main trends: (a) the lack of literary theory in the classes' syllabus; (b) the proliferation of creative writing courses and seminars; and (c) an anti-academicist turn. In this essay, I will analyze the current relations between Literary Studies, the University System, and the Market from the undergraduate student's point of view. For this purpose, I will comment on the undergraduate program (B.A.) that I am currently completing.

Keywords: literary studies; academy; undergraduate students; neoliberalism.



* Agradezco a Leticia Contreras, Lorena Amaro, Catalina Galaz y Francisco García Mendoza por el tiempo que dedicaron a discutir el primer borrador de este texto.

Oye, ¿sabes lo que son los *Mickey Mouse degree*?

Catalina Galaz López

Entremos desde un lado más: los conceptos de técnica y de trabajo parecen mucho más aceptados en otras disciplinas: ¿quién le reclamaría a un músico la cantidad de horas que pasa al piano?

Julieta Marchant

La pregunta por la propia formación en literatura surge como una necesidad o como una urgencia por identificar ciertas coordenadas críticas para situar nuestras escrituras y posturas como estudiantes de pregrado en un momento en el que el estudio académico de la literatura pareciera, paradójicamente, renegar tanto de su carácter académico como literario. Ya hacia finales de los noventa, Beatriz Sarlo denominaba la crisis de los estudios literarios como una encrucijada: “lugar donde se encuentran y se separan caminos, donde se toman decisiones, donde se establece una relación o se la termina” (51). Este actual lugar de incertidumbre en el que se ubica mi texto es precisamente consecuencia de esas decisiones pasadas y recientes, cuyos efectos son relaciones truncas y relaciones perpetuadas que perfilaron lo que se entiende actualmente como un pregrado en Letras, en mi caso desde Chile. En concreto, pienso en decisiones y concesiones por parte de diferentes Facultades de Letras, Filosofía y Humanidades, Comunicaciones y Educación, que desde la posdictadura transaron y diseñaron programas de estudio universitarios. Estos planes de estudio, además de dar cuenta del debate de la crisis de las disciplinas y las humanidades en general, sugieren el lugar postergado que ocuparían la literatura y quienes se dedicaran a algún oficio literario, sea este académico o no, en las actuales sociedades neoliberales.

Sarlo pensaba en el valor social de la literatura y la crítica literaria en la Argentina de finales del siglo pasado, en un contexto de cambios culturales y económicos que sugerían la progresiva irrelevancia de lo meramente literario. De ahí, sugiere, el coqueteo académico de la crítica literaria con los estudios culturales. Y no tan solo con ellos, agregaría yo, sino también con políticas de escritura anti-académicas que apelan a la indisciplina,

principalmente a través de un régimen de escritura universitaria que tiende a incorporar textualidades heterogéneas, entre ellas la escritura ficcional, el informe, la performance, el podcast, la prueba de contenidos, etc. Al igual que para Sarlo, este panorama es motivo de escándalo pero no de reprimenda. Dice Sarlo: “con la disolución de la crítica literaria dentro de los estudios culturales no se responde a las preguntas que enfrentamos como críticos literarios, y los problemas no se desvanecen en el trance de nuestra reencarnación como analistas culturales” (55). Sarlo habla de un ‘nosotros’ que está en mutación, que posteriormente demarcará aún más al considerar a los estudiantes como destinatarios a los que se les debe comunicar esta crisis, al preguntarse “si estamos comunicando a los estudiantes y a los lectores este hecho simple” (56). Habla de un ‘Nosotros’, con cierta responsabilidad frente a ‘ellos’, los lectores y los estudiantes.

Probablemente los debates teóricos de moda no se filtren en el diseño y en las prácticas que conforman las muchas veces vilipendiadas licenciaturas. Sin ir más lejos, junto a la anexión a los estudios culturales, también en la década del noventa, Nelly Richard denuncia el modelo universitario post-dictatorial a partir de la crítica a “las convenciones de discurso del modelo universitario tradicional simbolizadas... por el rigor de su norma editorial” (*Residuos* 123). Con un énfasis en la comunicabilidad y una concepción de la escritura como vehículo transparente de un conocimiento previo al texto, la universidad de la Transición, propone Richard, privilegiará en el ámbito de las humanidades al género de escritura *paper* o artículo académico por sobre el ensayo, el libro u otros géneros posibles. A partir de una recomendación de la norma editorial de la revista *Anales* de la Universidad de Chile en contra de los títulos de ‘fantasía’, Richard establece que

Para el modelo académico de un saber racionalizado por la lógica expositiva de la demostración-de-saber, el ‘contenido’ es el núcleo sustancial de la verdad del conocimiento mientras que la ‘forma’ es el insustancial decorado que ‘se pierde’ en la digresión de artificios y metáforas. [Se hace un llamado a] una economía que cree en la demostración lógica de una tesis cuyos argumentos tienen que resumirse en la síntesis de un título, censurando el giro autorreflexivo y desviante de la escritura en

nombre de una transmisión lineal de un saber didáctico (*Residuos* 129-130).

Diecisiete años después, José Santos Herceg confirmará el alcance del diagnóstico de Richard al hablar de ‘La tiranía del *paper*’: este género, junto a su concepción de la escritura y la investigación provenientes de las ciencias naturales, ha consolidado su dominio en las artes y humanidades, entre ellas los estudios literarios. Al igual que Richard, Santos Herceg reconoce que la eficiencia es la principal característica del artículo académico, rasgo que lo distancia de las producciones ensayísticas propias de la tradición de pensamiento latinoamericano que, a diferencia del *paper*, no evitan las “errancias y desvíos poéticos... que deforman el recto y correcto ideal de la demostración-de-saber” (Richard, *Residuos* 126). La tiranía del *paper* se encargará, precisamente, de regular la heterogeneidad discursiva que ha caracterizado la producción crítico-intelectual de Latinoamérica que presenta, entre otros, los rasgos señalados por Richard.

De acuerdo con Santos Herceg, la tiranía del *paper* se debe a la instalación de este tipo de escritura “como el prioritario, el mejor evaluado, el más deseable, e incluso, en algunos casos, como el único aceptable” (204). Su hipótesis establece que “la instalación concertada del *paper* como género literario preponderante obedece, justamente, a la necesidad de controlar la producción del discurso en Humanidades” (208). Es decir, el *paper* eclipsará mediante incentivos institucionales (académicos, estatales) a otras textualidades como el libro, el ensayo, la ficción, etc. En el ámbito académico-literario, por cierto, esta tiranía significará el abandono generalizado del ensayo o la crítica literaria, por no cumplir con “los criterios de presentación racional de un saber objetivo que debe finalmente ajustarse al consumo universitario de las disciplinas” (Richard, *Residuos* 129). Si estamos de acuerdo tanto con Sarlo como con Santos Herceg, se podrá concluir que la crítica de la escritura y la escritura crítica han sido desatendidas tanto por los estudios culturales como por su ‘apéndice literario’ cuyos estándares académicos tienden

a producir una suma diferente de materiales investigativos -regidos por la operatividad tecnocultural del *dato*- que encuentra su símbolo desapasionado en el *paper*. La reducción funcional del Texto al *paper* ha roto el emblema de una densa tradición

ensayística con el nuevo predominio de la investigación sociológica que sacrifica la espesura retórica y figurativa del lenguaje (Richard, *Residuos* 141).

¿Es efectiva esta tiranía en la totalidad de la academia literaria? ¿Los estudios culturales, junto con su perspectiva que descuida lo estético, neutralizaron a la crítica literaria? ¿Es la situación de ‘la disciplina’ la misma que la de los estudiantes de pregrado? Tan solo quiero enfatizar un punto introductorio: los estudios literarios subsumidos por los estudios culturales y la ‘tiranía del paper’ fueron un diagnóstico y una proyección para lo que ahora es nuestro presente. Y enfatizo nuevamente la dificultad para referirse a un “nosotros” en la academia literaria, dado que la situación concreta de los estudiantes de pregrado y sus programas de estudio en la actualidad es muy diferente a la de quienes estudien posgrados y, por cierto, de quienes se desempeñen como académicos.

A todas luces, el pregrado literario está frente al riesgo de la irrelevancia en la medida en que este eluda (paradójicamente) su filiación académica y literaria. La tiranía del *paper* es una pesadilla de profetas académicos ajena al régimen de escritura cotidiano de los estudiantes de pregrado, que en muchas ocasiones nunca aprenden formalmente a escribirlo y, por lo tanto, nunca cuentan con una retroalimentación enfocada en adquirir un oficio investigativo. El pregrado se vuelve irrelevante en la medida en que se desplacen las competencias crítico-metodológicas para desenvolverse en el campo académico al posgrado. Las licenciaturas buscan formar investigadores en literatura y resultaría ineludible, en el contexto actual, el dominio o al menos la familiarización con el género de escritura académico preponderante que, como señala Santos Herceg, muchas veces es el único aceptable.

Por estos motivos, como estudiante estimo que la tiranía del *paper* y la integración a los estudios culturales son ajenas a un pregrado que, por diferentes motivos y falta de incentivos simbólicos y económicos, puede operar al margen del campo literario y los debates académicos de turno. En el programa de pregrado en literatura que cursé no hay precisamente una preponderancia de los estudios culturales, como tampoco un protagonismo de la crítica de literatura que otorgue relevancia a la cuestión del valor estético (Sarlo). Tampoco somos prisioneros del régimen *paper*,

es más, su escritura no se enseña y en la mayoría de los casos no es un género académico cuya escritura sea evaluada (Richard, Santos Herceg). Este último punto lo asociaré, a partir de la propuesta de Julieta Marchant, a la ausencia de un oficio investigativo en la licenciatura. Es decir, persisten los programas de pregrado en humanidades concebidos a partir del ‘conocimiento por el conocimiento’ y no como la formación inicial de investigadores.

En cambio, reconozco nítidamente tres tendencias (tanto en su sentido de inclinación como también en el mercantil): primeramente, un rechazo a la teoría literaria (es decir, un carácter anti-teórico del pregrado), que se manifiesta en un lugar marginal de la cátedra teórica en el diseño curricular, como también en las metodologías de evaluación de los cursos de literatura; segundo, la expansión de los cursos y programas de escritura creativa en un panorama de ausencia generalizada de la crítica literaria como cátedra y género de escritura susceptible a ser evaluado; por último, una paradójica tendencia hacia un anti-academicismo, que se expresa elocuentemente en el escamoteo de la escritura académica (*paper*) y de la adquisición de competencias investigativas (diseño de proyectos, postulación a fondos, normas editoriales, etc.). Esto me hace pensar que el pregrado se configura como un lugar en el que se despliega holgadamente el mercado, sea por un catálogo de cursos fundado en la oferta y demanda, sea por la producción en serie de licenciados, o, también, por la proliferación de prácticas de la academia neoliberal que relegan a la docencia a un oficio colateral, en un diseño institucional centrado en las labores de investigación y divulgación científica.

En este artículo, entonces, voy a analizar las relaciones actuales entre estudios literarios, academia y mercado, que identifico a partir de la revisión del programa de estudios de Licenciatura en Letras Hispánicas que estoy cursando actualmente y, también, de otras experiencias de la academia literaria en universidades chilenas. Esta escritura pugna por despojarse de la formación anti-académica y anti-teórica con la que carga. En otras palabras, no dejo de ver en este gesto autodidacta cierta osadía. Probablemente no abunde la cita teórica ni tampoco se evidencie una conciencia acabada de situarse en un panorama de discusiones críticas más amplias en torno a la materia que me

convoca. En cambio, habrá un par de lecturas que pude consultar en mi tiempo libre, pero por sobre todo, intentaré incluir la conversación de pasillo de los estudiantes de Literatura. Este es un saber que se tiende a sofocar por su carácter efímero y muchas veces furtivo. Es, a la larga, una oralidad cahuinera¹ e insidiosa que pocas veces llega a transformarse en texto.

Licenciaturas en literatura y el riesgo de la insignificancia

Si optamos por el pesimismo, podemos extender el diagnóstico de Sarlo y tantas otras personas: la literatura y la crítica literaria son aún más irrelevantes que en las décadas pasadas. El *paper*, asimismo, reemplazó al ensayo y a la crítica literaria. Entonces, ¿qué explicaría actualmente la existencia de tantos programas universitarios de pregrado en ‘literatura’?² ¿Por qué hay gente que le paga a universidades por cursos o talleres de escritura creativa? Encauzaré estas dos inquietudes aplicando una lógica análoga a la que la crítica Patricia Espinosa utiliza para pensar el neoliberalismo y la literatura chilena contemporánea. Su diagnóstico en el plano de la narrativa es similar al mío en el plano del pregrado: las publicaciones aumentan, hay más editoriales independientes; en nuestro caso, cada vez más universidades tienen licenciaturas en literatura y estas cuentan con aún más y más estudiantes. Espinosa estima que “más bien se trata del corrimiento de lo literario en su conjunto hacia una zona de insignificancia cultural” (302). Argumenta que en la medida en que no haya una política literaria, una disputa cultural, la literatura se empaqueta dócilmente como una mercancía más.

La academia literaria, de la misma manera, corre el mismo riesgo si tan solo se esmera en cumplir con las exigencias del mercado académico y en ser una plataforma de carreras individuales. Sigo con la paráfrasis de Espinosa (quien se refiere, en cambio, a la narrativa): la producción académica “se ciñe a una base esencialista-capitalista, donde la figura autor/a se encuentra en

¹ De acuerdo a la Real Academia Española cahuín significa intriga o enredo.

² El entrecorillado se debe a que la literatura, por distintos motivos, pareciera aferrarse a otros programas y disciplinas para validarse y figurar institucionalmente.

permanente proceso de legitimación no por su producción... sino por el lugar que ocupa en el campo cultural” (303). Y esta denuncia de elitismo, que ya es un lugar común más que una novedad, la pienso principalmente desde la crítica que Julieta Marchant hace a la figura del genio poético, que a mí me sirve para pensar la figura del intelectual que suele rondar a la academización de las humanidades. Explica Marchant:

Y entonces afirmamos que la técnica resulta necesaria (que es lo que piensan los teóricos sobre el genio), pero que el poema no puede enmarcarse en la técnica, puesto que eso sería artificial, ahí donde el poeta debiera ser innato. Este enlace entre técnica y artificio ha fermentado en el imaginario común, que descarta lo artificioso por negativo, que lo acusa de impostura y que se eriza cuando escucha ‘técnica’, asumiendo que lo técnico reduciría el arte a un sistema automático de combinatorias (41-42).

Posturas como estas, concluye Marchant, tienden a oponer una devaluada técnica (en nuestro caso, entendida como la sistematización de la producción teórico y crítico-literaria, adquisición de un método de análisis literario) y un sobrevalorado genio (entendido ahora como espontaneidad, agudeza, sagacidad, talento). ¿Se puede formar a un (lector) intelectual? ¿O solo un selecto grupo lo es por un don que rehúye a la formación académica serializada? ¿Por qué preferimos ciertas elites por sobre otras? ¿Por qué se hizo tolerable, como suelen decir, que las facultades universitarias funcionen como cortes versallescas? ¿Por qué el genio literario, junto a la figura tradicional del intelectual como casta, se perpetúa a pesar del anti-intelectualismo propio de nuestros tiempos? Creo que la posibilidad de sortear la insignificancia académica y el bucle indefinido de espaldarazos entre unos pocos reside en un giro hacia la docencia. Pero no una docencia burocrática, ni como cláusula de un contrato como investigador. Sino en docentes con un compromiso político con la educación y sus estudiantes, que apelen a la colectividad, no a la cofradía, y con una conciencia histórica que no conciba una enseñanza de la literatura disociada de las luchas culturales. De ahí que vea, con cierto optimismo, docencias que se articulan desde

la crítica literaria feminista³ y los activismos de diversidad/disidencia sexual, proyectos académicos colectivos y dobles militancias entre activismos de academia, medios y mediación cultural.

¿Qué son, finalmente, los licenciados en letras o literatura, si los pensamos como el escalafón más bajo del campo académico? De acuerdo al folleto que llegó a mis manos serían “especialistas en los ámbitos de las ciencias del lenguaje y de los estudios literarios” (Facultad de Letras PUC) que podrán seguir estudios de posgrado, ingresar a planes profesionales y cuyo perfil de egreso les permitiría “desenvolverse en las áreas de edición y publicaciones, prensa escrita, gestión y mediación cultural, gestión de archivos patrimoniales, biblioteca y fomento lector entre otras” (Facultad de Letras PUC). El perfil de egreso es claramente ambiguo y apela siempre a un complemento: podrán desenvolverse en edición, pero deberán aprenderlo autodidactamente o en un diplomado; podrán desenvolverse en prensa escrita, pero qué suerte si algún medio de comunicación los prefiere por sobre a los periodistas; podrán dedicarse a mediación cultural, pero no se dice que como licenciado probablemente sin experiencia se aspira, a lo más, a una pasantía no remunerada en algún centro cultural; podrán desempeñarse en bibliotecas, ¿pero ese no es trabajo de nuestros colegas bibliotecarios?

Y la enumeración podría seguir. Pareciera, en este sentido, que de existir algo propio que no precise de un complemento lo sería el optar por una vía de investigación y de docencia académica, que es lo que a mí me interesa pensar aquí. Sin embargo, se encontrará con un nuevo ‘pero’: la vía académica tampoco es la preponderante en el pregrado: el régimen de escritura del pregrado no se corresponde con el de los investigadores y académicos. La vulnerabilidad de los licenciados, a mi juicio, reside en la disociación que existe entre el programa de estudios y el oficio investigativo. O incluso más lejos: la disociación entre el campo cultural y lo que se entiende tradicional y abstractamente por estudiante de literatura. En el campo académico, los estudiantes de pregrado tienden a verse totalmente eclipsados por los académicos y quienes cursen posgrados. En el literario, de igual manera,

³ ‘Yo estoy formando a críticas literarias feministas’, recuerdo que dijo, para mi sorpresa, una entrañable profesora en un curso de pregrado en la licenciatura en Estética.

no figuran a menos que cumplan excepcionalmente otros roles extrauniversitarios.

Esta situación me lleva a pensar qué noción de literatura se transa en el pregrado y en las prácticas académicas que lo constituyen. Para efectos de este texto, tomaré una premisa un poco precipitada, pero que me resulta útil. Parafraseo un folleto de admisión a la Licenciatura en Letras Hispánicas para plantearla: *la licenciatura en literatura forma especialistas en el ámbito de los estudios literarios*. Ahora bien, ¿qué sería lo ineludible para formar a nivel de pregrado a un ‘especialista en estudios literarios’? Yo considero que lo fundamental sería una formación que desnaturalice tanto el proceso de escritura como el de lectura. De ahí que la formación teórica, por sobre todo en un programa de estudios literarios, resulte fundamental. Y, del mismo modo, tendría que serlo la escritura crítica y la crítica de la escritura, que no pueden terminar siendo, como lo son en muchos casos, aprendizajes tácitos y colaterales.

Vuelvo nuevamente a Marchant: ciertas formaciones carecen del oficio, del cuidado sistemático de la técnica. Probablemente se cree que en el ámbito de las humanidades resultan improcedentes la técnica y el oficio por considerarles una repetición mecanicista ajena a la idea de intelectual y de genio. La licenciatura pareciera sustentarse en una nostalgia del ‘conocimiento por el conocimiento’, una especie de formación contenidista que aspira a la pureza del saber, sin la contaminación (¿utilitaria?) de la profesión y del oficio. Una situación sin duda con gusto a las ideas más anticuadas de la autonomía del arte y de la intelectualidad como casta. La base debería ser, en cambio, escribir, escribir y escribir indefinidamente. Crítica literaria, ciertamente. O en algún género académico con cierto metalenguaje, si aun mantenemos la idea del licenciado como especialista en estudios literarios. Incluso debería promoverse la escritura del polémico *paper*, que finalmente será ineludible en la trayectoria profesional de cualquier investigador. De lo contrario, sin una práctica docente que apele al oficio, se apela sin duda al estudiante que sorprenda con su excepcionalidad para identificar (¿intuitivamente?) las convenciones escriturales y de procedimiento propias del quehacer académico.

Si el principal oficio en un pregrado es la escritura académica, entonces lo esperable sería la adquisición sistemática de un

metalenguaje y de competencias crítico-metodológicas de lectura y escritura. En esta formación, claro está, lo teórico no funcionaría tan solo como un contenido o curso, sino, siguiendo a Nelly Richard, como “un conjunto de operaciones situadas que consisten en elaborar una distancia crítica y autocrítica que nos impida reproducir pasivamente lo sedimentado como lugares comunes culturales” (*Abismos* 28). Desde esta perspectiva, la teoría permite identificar dónde se sitúan nuestras posturas y escrituras, a la vez que posibilita tener una perspectiva suspicaz para identificar controversias y la problematicidad de asumir intuitivamente ciertas posturas en las discusiones propias de lo literario y del ámbito de lo cultural en toda su extensión.

Tomaré por ejemplo cinco mallas de licenciaturas en letras y/o literatura⁴ para identificar el lugar que tiene la cátedra teórica. No está demás decir que es un ejercicio panorámico y parcial, pues la comparación será respecto a mi experiencia como estudiante de una carrera específica. Además, el programa de estudios funcionaría más como una declaración de principios que como la formación concreta de generaciones de estudiantes. En general, estas licenciaturas presentan programas con tres cursos de teoría literaria, usualmente llamados ‘Introducción a la Teoría Literaria’, ‘Teoría Literaria 1’ y ‘Teoría Literaria 2’. Las variaciones más significativas ocurren en el caso de la Academia de Humanismo Cristiano, que cuenta con dos cursos de ‘Estética Literaria Latinoamericana’ en su formación disciplinar y con siete cursos teóricos en su formación en humanidades y general. En esta misma línea, la Universidad de Los Andes también cuenta con dos cursos de Estética que complementan la base de teoría literaria. La Universidad de Chile también cuenta con la base de tres cursos, sin embargo, en una modalidad diferente: hay un curso teórico en el plan común y los otros dos son optativos. Por último, el programa de Literatura Creativa de la Universidad Diego Portales se caracteriza por contemplar una ‘Estética General’ y, lo que más llama mi atención, un Taller de Crítica Literaria (inédito en los programas que revisé).

El caso de la Licenciatura en Letras Hispánicas que actualmente estoy cursando contempla en su diseño curricular tan solo esos tres cursos teóricos comunes a todos los programas

⁴ Tomaré para esta somera revisión cinco mallas: PUC, UAHC, UCH, UANDES y UDP.

revisados: Introducción a los Estudios Literarios, Teoría Literaria 1 y Teoría Literaria 2. Tanto en las otras Universidades como en la que estudio los cursos de historia de la literatura concentran la carga académica. Sin ir más lejos, en mi caso 10 de los 12 cursos mínimos que tuve de literatura fueron de cronología literaria, con un énfasis en literatura española. La pertinencia de insistir en lo hispanoamericano, y en lo español por sobre lo local, creo, es un asunto para extenderse en otro momento. Pero no deja de llamar mi atención que en mi Facultad no haya cursos mínimos ni tampoco cátedras optativas estables sobre literatura chilena.

En mi caso, se supone que también soy especialista en lingüística. Y de esta experiencia con una formación dual me interesa rescatar lo siguiente, que considero provechoso para dilucidar, por contraste, qué se entiende y se enseña por literatura. Los cursos de lingüística, a diferencia de los otros, privilegian la formación teórica y la aplicación creativo-crítica de los contenidos mediante una escritura académica que no se elude ni se asume de manera culposa. Así, por ejemplo, y casi sin excepción, las evaluaciones como discusiones bibliográficas y las investigaciones extensas eran constantes. Una metodología clara: afianzar la teoría, situar al estudiante en un panorama crítico de las discusiones de las disciplinas lingüísticas y concluir con una investigación de carácter académico. ¿Por qué la formación en literatura no será así?

Un posible motivo: la lingüística se acerca más a las ciencias. En cambio, la literatura no. Su estudio, por tanto, no puede equipararse: academizar y disciplinar lo literario sería limitar su potencial. Esta podría ser una explicación plausible para explicar por qué sería completamente descabellado pensar que un programa de pregrado la lingüística tenga un giro anti-teórico, anti-disciplinar, anti-académico y pro-escritura creativa. Pero este motivo no deja de ser cínico, o idealista, si se me permite atenuar la acusación. La enseñanza de literatura tiene un carácter situado, al igual que la misma literatura. En este caso la cátedra de literatura se enmarca en un mercado académico ubicado en una sociedad neoliberal. Si bien ni la literatura ni los estudios literarios presentan actualmente un afán cientificista, ambos deben emular las estrategias y nomenclaturas de las ciencias ante la

institucionalidad⁵. Situaciones como postular a fondos públicos o sumar puntuación para el currículum personal exigen pensar y materializar la literatura científicamente. En el pregrado, estas prácticas neoliberales no se transparentan ni se enseñan debido a una tendencia a concebir el estudio de lo literario como un contenido, una abstracción disociada de una realidad condicionada por el mercado y un régimen de escritura ligado al *paper*. Desde esta perspectiva estudiar lingüística (ciencia) sería familiarizarse con una disciplina y con las convenciones académicas. ¿Qué sería, entonces, estudiar literatura? Nótese que los programas de estudio son licenciaturas en Literatura y no en Estudios Literarios.

En mi caso, estudiar literatura fue en la práctica la lectura de un objeto o corpus delimitable como lo son las obras literarias. En otras palabras, la revisión de un recorte de ciertos textos dentro de una multiplicidad más amplia de textualidades presentes en el ámbito social. Desde esta acepción conservadora de estudio de la literatura, lo lógico fue que la licenciatura parcelara, en cursos, el seguimiento histórico-lineal de las textualidades que, en sus respectivos contextos de producción, o en otros posteriores, fueron leídos literariamente. En esta lógica, entonces, estudiar literatura sería el estudio de un objeto trazable históricamente (y no la adquisición y problematización de métodos). Tampoco sería, ciertamente, el estudio de la institucionalidad literaria que va más allá del texto, que permitiría una perspectiva más amplia para localizar y cuestionar, por ejemplo, la actual imbricación

⁵ Para un estudio pormenorizado de la situación actual de las artes y humanidades en la academia chilena contemporánea, recomiendo revisar el capítulo “El lugar de las humanidades: noticia desde Chile” del académico y crítico Cristián Opazo, incluido en el libro *Democracias incompletas: debates críticos en el Cono Sur*. En este texto, Opazo analiza las contradicciones y dilemas que suponen la integración de las artes y las humanidades en un esquema investigativo con un léxico y valores provenientes de las ciencias naturales. Su principal insumo serán los lineamientos que articularon al Ministerio de Ciencia, Tecnología, Innovación y Conocimiento, que ya demuestran que en la práctica el quehacer investigativo en humanidades implicará, inevitablemente, competencias investigativas de carácter científicista:

A falta de una definición clara de ciencia, el texto no reconoce que artes, humanidades, ciencias sociales y comunicaciones —como cualquier otra área del conocimiento— pueden y deben tener, por ejemplo, métodos o formas de ‘trasmitir sus resultados’ necesariamente diferenciados (por ejemplo, el paper publicado en revistas con factor de impacto, propio de las ciencias exactas, versus el ensayo monográfico publicado en editoriales universitarias de prestigio, propio de los estudios literarios (*Democracias* 362)).

entre literatura y mercado. De esta concepción de estudio de la literatura, por cierto, quedan fuera el metalenguaje y la teoría literaria. O con cierto optimismo y suerte tendrán un lugar como apéndice en alguna que otra cátedra. El curso de historia de la literatura corre el riesgo de transformarse en un club de lectura, en la medida en que no se evalúen modelos de análisis y competencias teóricas.

Al inicio de este texto hablé de tres tendencias que he observado en el pregrado: la pretensión de borrar el carácter disciplinar de los estudios literarios, el auge de la escritura creativa y, finalmente, un giro anti-teórico y anti-académico. A continuación, desarrollaré estas ideas.

La literatura como barniz crítico-cultural

Hace unos años trabajé como ayudante en otra universidad. Ahí pude conocer el funcionamiento de otros programas de estudios en Artes y Humanidades. En aquella ocasión, el curso se dictaba para estudiantes de Derecho, Ingeniería, Periodismo y Psicología. Recuerdo que aquella universidad instaba a los docentes a que enfatizaran continuamente la utilidad y relevancia de la lectura y el estudio de la literatura para ser un buen ciudadano, con un juicio formado y con 'pensamiento crítico'. En cierta medida, me gustaba lo apasionados que eran los estudiantes en este curso que asumo era 'el electivo'. Lo que a mí me contrariaba, quizás con la maña de un estudiante de literatura, era pasar por alto criterios propios de los estudios literarios al evaluar. Por ejemplo, la precisión terminológica o los aspectos de escritura académica. Después me pregunté si otras disciplinas también se veían forzadas a flexibilizar sus exigencias y convenciones. O derechamente si se les solicitaba rendir cuentas sobre su utilidad ante el estudiante 'promedio'.

Esa inquietud me hizo pensar en la Facultad de Letras en la que estudio. Los cursos de profundización para estudiantes de letras tienden a funcionar como cursos de esparcimiento para carreras tradicionales y como turismo académico para los estudiantes de intercambio. Al igual que en la otra universidad, el curso de literatura difumina su carácter disciplinar en pos de una función más amplia: los estudios literarios desaparecen, cada vez

más invisibles por la costumbre y el lugar de fomento lector y ‘pensamiento crítico’ asignado a la literatura en distintas universidades. Ahí creo identificar otra problemática: claramente la universidad es tan solo uno de muchos espacios donde se puede estudiar literatura. Quizás la particularice exclusivamente su alta concentración de capital simbólico y económico. Bibliotecas, municipalidades, centros culturales, la crítica literaria, clubes de lectura, librerías, colegios, ministerios, editoriales, etc., son instituciones extra-académicas que en su quehacer efectivamente ponen en práctica los muy comentados proyectos de fomento lector y de democratizar la lectura, por ejemplo. Pero por algún motivo la cátedra universitaria en literatura también se arroga esas consignas a pesar de ser un espacio, supuestamente, especializado.

Esta situación, claro está, no es culpa de los estudiantes. Probablemente para muchos, al igual que para mí, la universidad fue la oportunidad de acceder a esta red de referencias culturales valoradas simbólicamente a las que muchos no tienen acceso por diferentes motivos. En este sentido, ninguna disciplina debería ser privativa, menos una que pueda hacer circular textos literarios para que sean leídos y (re)interpretados. Creo que una experiencia que tuve hace años ilustra el punto. En algún momento de mi pregrado, tuve la intención de aproximarme a los estudios teatrales. Al momento de intentar inscribir el curso choqué inesperadamente con un muro de limitaciones. La Escuela de Teatro, del mismo modo que lo hace con la mayoría de su malla, diseña cursos exclusivos para sus estudiantes. El curso “Estudios teatrales en Chile: problemas, contextos y prácticas” contaba con 0 vacantes libres, 1 para *College* y 6 para teatro. En otras palabras, era evidentemente un espacio privativo para estudiantes de teatro y, en particular, para aquellos interesados en el certificado académico de especialidad en Estudios Teatrales. Finalmente, a través de una serie de correos y una entrevista, pude entrar extraordinariamente al curso.

Una situación muy diferente ha sido mi experiencia, citando la oración anterior, como estudiante de pregrado en letras y, en particular, como interesado en literatura y teoría literaria. El curso de literatura, a diferencia del curso de teatro, no es concebido como un curso disciplinar o especializado, porque es concebido de manera global como la instancia de esparcimiento y

fomento lector para las llamadas carreras tradicionales. Teatro, ciertamente, no funciona como el taller de teatro, dramaturgia, danza o improvisación del resto de la universidad. En este sentido, la cátedra de especialidad en literatura no cuenta con prerrequisitos para los estudiantes de Letras, que la cursan como optativo de profundización, ni tampoco con limitaciones para estudiantes de otras carreras, que lo cursan como electivo de formación general.

Situación aparte es la de Lingüística. No me imagino estudiantes que inscriban cursos de esta disciplina a modo de esparcimiento. Lingüística, sin embargo, oscila entre la exclusividad ‘teatral’ y el altruismo ‘literario’, y creo atribuir tal tensión a la preponderancia en los cursos de pregrado de cátedras de rotulación “Lengua y cultura” (cursos de idiomas) por sobre la propia teoría lingüística. A estos últimos cursos, menores en cantidad, se les concede cierta exclusividad. A diferencia de Lingüística, en general, la Literatura se ve muchas veces forzada a obviar su carácter disciplinar por una función más general que cumple en el conjunto de la universidad. Es concebida como una cátedra inclusiva, a diferencia de otras como las de teatro, a las que se les concede el carácter de especialidad con una cerca de prerrequisitos. Es decir, se difuminan los marcos epistémicos, los fundamentos teóricos y los modelos análisis de los estudios literarios. Estudiar literatura en pregrado no debería ser tan solo un deambular impresionista por un catálogo de obras. Ni un paso por distintos clubes de lectura cada semestre. Ni tampoco turismo académico, ni la satisfacción de un apetito de alta cultura.

Sobre la literatura creativa, el prestigio y los escritores universitarios

En su ensayo *Contra el cliché: genio y técnica en la poesía* (2022), que he citado en este texto, Julieta Marchant desarrolla y desarma de manera ejemplar las nociones de oficio, técnica, genio y literatura que sostienen las muchas veces férreas posturas que podemos identificar en una discusión literaria. Están aquellos que se refieren con sorna a los talleres, otros, en cambio, que los reivindican, asisten y los dictan. En la actualidad el panorama pareciera indicar con claridad que hay mucha oferta y demanda

de talleres de escritura: hay presenciales y por zoom, con o sin certificado, una variedad de precios y temáticas, dictados por escritores primerizos, escritores consagrados o tan solo por personalidades del *jet set* cultural independientemente de la obra, si es que la hay.

Nuevamente la academia pareciera asimilar, y rentabilizar en el proceso, esta demanda por talleres literarios. Dicho sea de paso, esta imbricación académico-literaria también se manifiesta en las solapas de muchos libros de autorías visibles que tienden a adquirir el formato de currículum académicos. El caso más prominente en el panorama chileno es la experiencia de la Facultad de Comunicación y Letras de la Universidad Diego Portales, con su Licenciatura en Literatura Creativa. En su descripción, la carrera dice distinguirse por su enfoque para preparar académicamente a sus estudiantes:

Se trata de una comunidad intelectual integrada por escritores, investigadores y críticos, para quienes la enseñanza de la literatura no es un hecho separado de la creación literaria. Por esta razón, la lectura atenta y crítica de los estudios se divide tanto en cursos de carácter teórico, historiográficos como en talleres de creación. De la misma forma, tanto las actividades de extensión, las de investigación, así como las propias inquietudes de los alumnos y académicos, acercan nuestra escuela a la industria cultural del libro. Es la única escuela en Chile que orienta una serie de programas de estudio hacia la producción de proyectos editoriales, buscando insertarse en forma concreta en el ámbito cultural con propuestas que apelen a distintos públicos lectores (Universidad Diego Portales).

Eludiendo las controversias que aún puedan generar la academización de la escritura creativa, me quiero detener en un par de puntos de esta descripción: “la enseñanza de la literatura no es un hecho separado de la creación” y “las actividades... acercan nuestra escuela a la industria cultural del libro”. Si bien, asumo, se refieren a la creación literaria y no específicamente a la producción de textos académicos, creo que es un enfoque relevante para replantear los lineamientos de los programas de pregrado que buscan formar especialistas en el ámbito de los estudios literarios (nuevamente, me haré cargo tan solo de la declaración de principios y de las posibilidades críticas que esta

abre, no del programa en la práctica). Sin oficio, sin la adquisición sistemática de competencias de escritura y sin la familiarización con las normas propias de la industria académica y el campo cultural, la licenciatura nuevamente está frente al riesgo de la insignificancia. Pero las consecuencias son exclusivamente para los licenciados que intenten escapar a tal insignificancia.

Los ejemplos abundan. El taller literario de Pablo Simonetti en la Universidad Finis Terrae que ya va en su doceava versión, talleres de narrativa en el ICEI de la Universidad de Chile o, un caso más cercano, el Taller de Creación Narrativa de extensión de la Facultad de Letras UC. Ambas partes se benefician, algunos escritores se legitiman con el espaldarazo académico, del mismo modo que los participantes acceden a cierto prestigio luego de la transacción que irá a la Facultad y a los escritores de turno. La cuestión vuelve nuevamente al diagnóstico que comentamos al inicio de este texto: la legitimación no pasa por la producción, sino por el posicionamiento en el campo cultural, específicamente el académico, aún más estratificado y competitivo. De este modo, pareciera más rentable vender el prestigio asociado a la fama del escritor que a la del crítico o del académico.

El prestigio literario funciona, entonces, como *engagement*, por utilizar la jerga comercial, de cursos y programas de estudio. Incluso en las licenciaturas que se jactan de no formar escritores. Considero elocuente el caso de la Licenciatura en Letras que estudio actualmente. En ella, la escritura creativa se expande. Creo que podría llegar ser incluso razonable que una Facultad de Letras venda talleres de escritura literaria como cursos de extensión. Deben ser por lejos más rentables que los diplomados o cursos de estudios literarios y crítica que se supone deberían ofrecer. Sin embargo, aplicar tal lógica de oferta y demanda (de prestigio) resulta particularmente contradictoria en el pregrado que, insisto, pretende formar especialistas en estudios literarios. Ese programa de estudios no tiene por objetivo formar escritores de ficción. Lo curioso, nuevamente, es que el pregrado se desdice incluso desde su folleto de admisión. Entre las opciones de campo laboral incluye “escritor, guionista” (Facultad de Letras UC). “¿Por qué en la UC?”, se pregunta este mismo informativo. De los seis motivos, la mitad se fundamentan paradójicamente en la escritura creativa. “Porque la cátedra de escritor

en residencia⁶ promueve la realización de talleres dirigidos por afamados escritores”, “porque un número importante de estudiantes escribe y publica cuentos, poesía y teatro y promueve diversas actividades culturales” (eso no tiene que ver con la formación institucional, sino con los méritos particulares), “porque destacados poetas y narradores han egresado de sus aulas” (también hay poetas ingenieros, poetas físicos y poetas docentes).

Las consecuencias prácticas de esta ambigüedad sería una formación expuesta a las tendencias del mercado que, finalmente, horadan un perfil de egreso de por sí endeble. El mensaje, entre líneas, es que para el perfil del licenciado resulta más relevante, e incluso propio, experimentar con la escritura ficcional. Y, dicho sea de paso, esto ocurre conjunto a una ausencia de cursos o talleres de escritura académica y/o de crítica literaria. El pregrado ofrece talleres de guion, cursos de escritura creativa, un taller de escritor en residencia (siempre narradores, poetas y dramaturgos). Nuevamente viene la duda: ¿acaso no sería más relevante (pero menos rentable) para un especialista en estudios literarios, por ejemplo, críticos literarios o ensayistas en residencia? ¿No sería tal opción coherente con un proyecto educativo que conciba la crítica, sea académica o en prensa, como un oficio? La escritura creativa, desde esta perspectiva, capitaliza el valor simbólico del autor literario, pero para fines prácticos sería igual de pertinente en una facultad de sociología o una escuela de ingeniería.

Anti-teoría y anti-academicismo en el Olimpo

Olimpo es una forma de denominar al edificio de los académicos de la Facultad de Letras de la Pontificia Universidad Católica de Chile. Es un chiste liviano que los estudiantes heredan de generación en generación. Sin embargo, nunca logré dilucidar si era

⁶ La cátedra de escritor en residencia de la Facultad de Letras UC “fue creada... en el año 2000, iniciativa implementada por Pedro Pablo Rosso en su primer periodo como rector de nuestra casa de estudios. Esta cátedra da cuenta de una universidad que valora las humanidades, que postula una formación integral y que propone un diálogo vivo del mundo universitario con *la mejor tradición de la literatura* y sus interrogantes fundamentales” (Facultad de Letras PUC) [las cursivas son mías]

un insulto o un reconocimiento. Probablemente la duda persista donde se deba rendir pleitesía. El apodo podría atribuirse, quizás, a la arquitectura de la Facultad: en el primer piso están la mayoría de las salas de clase, el kiosko, los baños, el patio, en fin, los espacios por donde circulan comúnmente los estudiantes. En el segundo piso, de menor tamaño, tal estructura piramidal, hay un par de salas y las oficinas de la Dirección de Docencia. Finalmente, en las alturas están las oficinas de los académicos, un pequeño edificio al que se debe solicitar el ingreso para poder traspasar la mampara cerrada con un sistema de seguridad. La segunda opción, evidentemente, apuntaría a identificar a los académicos con dioses, seres superiores quienes serían los únicos que puedan acceder al Olimpo.

Intentaré extremar esta comparación. El apodo de por sí debería ser preocupante pues parte de un supuesto determinista: el claustro académico ya no tan solo como corte, sino como el hogar de los dioses. En otras palabras, es la ostentación de la casi nula posibilidad de que estudiantes de pregrado y posgrado accedan a puestos de poder y a una docencia universitaria no precarizada. Pienso en los compañeros de doctorado dictando cursos con bajísimos salarios, al igual que los jóvenes doctores sin contratos estables. Cito acá una reflexión del crítico Cristián Opazo, que tuve la suerte de escuchar mientras escribía el primer borrador de este texto. En la presentación del libro colaborativo *Humanidades al límite*, Opazo, suspicaz y con mucha acuciosidad, se refirió a los modos en los que los académicos se representan a sí mismos. Se enfocó, particularmente, en quienes se representan como disidentes de la academia. Están los que, siguiendo a Opazo, se proclaman *outsiders*. Aquellos académicos, muchas veces titulares, de planta y con varias publicaciones indexadas, que reniegan de la academia, sus prácticas y su régimen de producción. En el pregrado yo considero que esta disidencia se expresaría en un abandono de la enseñanza de géneros académicos, como también en su no implementación como método de evaluación. En este punto ubicaría la interrupción de la tiranía del *paper* denunciada por Santos Herceg. Por otro lado estarían, dice Opazo, rescatando una tradición universitario-teatral de mediados del siglo XX, aquellos académicos ‘disidentes’ que acuden a la institucionalidad vigente para canalizar y/o apoyar proyectos colectivos más amplios.

Retomemos la premisa sobre los estudiantes de Licenciatura en Letras. El campo laboral del estudiante de letras toma prestadas salidas laborales que (1) precisan de un programa de estudios complementario o (2) son propias de otras carreras especializadas (por ejemplo, de periodistas o bibliotecólogos). Lo propio del licenciado es ‘ser un especialista en el ámbito de los estudios literarios’. Ahora bien, ¿cuál es la formación en estudios literarios de un licenciado si, como hemos comentado, hay una tendencia a despojar a los estudios literarios de su carácter disciplinar? Por ejemplo, recuerdo que en mi cátedra de ‘Narrativa Hispanoamericana’, y en otros optativos de profundización, la evaluación por excelencia era el informe breve. Texto argumentativo, idealmente sobrio, dos páginas, a lo más tres, en los que se presenta una hipótesis de lectura acotadísima. Cualquier digresión es impropio y se aleja de la precisión y extensión exigidas⁷. Es decir, si elijo situar mi texto de narrativa en un panorama crítico más amplio, bien por mí, no se pedía, pero de todos modos es un buen ornamento siempre y cuando no supere las 1200 palabras. Si no aplico teoría en mi análisis, bien por mí también, pues en la mayoría de los casos las evaluaciones no exigen ni metalenguaje ni teoría ni bibliografía ni un método de análisis particular.

La revisión panorámica de cinco mallas de pregrado en literatura mostró un peso curricular relativamente estable para la teoría literaria, que se expresa en tres cursos a lo largo de cuatro años. En mi caso, de ellos tan solo uno, Teoría Literaria 2, trató

⁷ Sin duda alguna, esta descripción centrada en la eficacia recuerda a la caracterización que José Santos Herceg hace del género de escritura *paper*. A su juicio, una de las características de este tipo de texto sería su carácter humilde, modesto y claro, que lo distingue de otros géneros de escritura filosófica como tratados, diálogos, tesis ensayos.

A diferencia del *paper*, el informe que predomina en el pregrado es un género carente de utilidad académica real, es decir, no es un género en el que investigadores e intelectuales publiquen, mucho menos del que puedan extraer beneficios simbólicos o económicos en una trayectoria laboral. Es, en definitiva, una escritura deliberadamente *breve y clara* que responde, generalmente, a la distancia existente entre la docencia y la retroalimentación de otros quehaceres académicos más productivos, como las investigaciones personales y el posgrado.

Ante una interpelación, un profesor sostuvo que no es adecuado mirar en menos el informe porque la capacidad de síntesis es fundamental. Una amiga, con cierta ironía, me dijo “no creo que postule a fondos escribiendo informes”.

sobre teorías del siglo XX y XXI (un comprimido o una dosis única de formalismo ruso, estructuralismo, psicoanálisis, posestructuralismo, teoría decolonial). A mi juicio, este curso podría ser un síntoma relevante para pensar la formación en literatura, precisamente por ser un curso excepcional en la malla, muy relevante por ser el único que tiene por objetivo principal entregar competencias teóricas a los estudiantes. Y también por su variabilidad respecto a los cursos de historia de la literatura que parecieran tener estructuras y bibliografías más rígidas, predecibles.

La cátedra de teoría literaria del siglo XX era un curso que se podía aprobar sin tocar ni una sola hoja de un texto literario. Me refiero a que el curso no contemplaba un corpus literario para evaluar, en la práctica, los contenidos teóricos del curso. Volvemos a Sarlo y a Espinosa: la aparente irrelevancia de lo meramente literario, y quizás una irrelevancia aún mayor en la segunda década del siglo XXI. La cátedra, en cambio, invitaba a una reflexión teórica a partir de otros objetos culturales, entre ellos películas, documentales, series, canciones, etc. Es algo que suele suceder. A veces sospechábamos que nos insinuaban que era ocioso, incluso en el pregrado, *limitarse* al análisis literario. O reducir la teoría literaria a la literatura. Se suele promover la interdisciplina, la transdisciplina, la indisciplina, etc., pero esto se vuelve contraproducente para estudiantes que recién se están iniciando y que no disponen ni del metalenguaje ni de los modelos de análisis de lo que se supone debería ser su primera formación.

La tendencia anti-teórica y anti-académica se concentra en la metodología del curso de Teoría Literaria 2. Recuerdo, con cierto dejo amargo, el carácter disidente que se arrogaba su programa. Disidente, por cierto, en la acepción de *outsider*. Es decir, antiacadémico. Era un espacio horizontal contra las jerarquías ahí llamadas académicas, de creatividad y ancha libertad sin asfixiantes rúbricas ni instrucciones, un espacio para escribir en primera persona; un espacio, a la vez, exclusivamente de trabajos en grupos de cinco o más personas porque, nos decían, trabajar individualmente solo incentiva la competencia propia de la academia neoliberal; un espacio para escribir en el género más experimental posible, un espacio para no escribir ni siquiera en el género más experimental posible, porque escribir era de por sí

una elección conservadora. Teoría literaria del siglo XX o el alistamiento en una cruzada impropia contra de la tiranía del *paper*.

Enrolar a los estudiantes de pregrado en la lucha contra la rigidez de los textos académicos no deja de ser un acto de disidencia bastante infértil. O un saludo a la bandera. Y daría un paso más: enrolar a los estudiantes, tácita o expresamente, contra el estudio disciplinar de la literatura y contra la escritura académica es una contradicción por lo bajo preocupante. Este gesto que se autoproclama *outsider* respondería a un proyecto a primeras razonable y hasta encomiable: democratizar la literatura y emancipar la letra. El gesto también sería una denuncia de cierto hermetismo y *exclusividad*. El *outsider* declara, hablando por sus vástagos: ‘nosotros despreciamos la escritura académica producida en serie, por tanto, ustedes, no yo, escriban de la manera que deseen’. Compartiría la causa, pues indudablemente el estudio de la literatura debería implicar cierta sensibilidad hacia la lengua para dimensionar las potencialidades estéticas y políticas de experimentar con la escritura. Sin embargo, esto ocurre enmarcado en un programa de estudios de licenciatura en literatura que se caracteriza por un perfil de egreso ambiguo. La práctica docente antiacadémica dice reconocer en su denuncia cierta *exclusividad* y tal paladín del *statu quo* la consolida en el acto. Lo que está haciendo es *excluir* a la mayoría de los estudiantes al privarlos de las competencias crítico-metodológicas que posibilitarían el ascenso al tan ansiado Olimpo.

Los académicos *outsiders*, a pesar de disparar contra los artículos, cuentan con una copiosa producción crítica, entre ellas textos indexados, que les posibilitan flexibilizar los géneros en los que publican sin que trastabilen sus posibilidades laborales. Por tanto, dominan una técnica, un oficio. Dominan la escritura académica, los formatos de postulación de proyectos, entre otros, a diferencia de sus estudiantes que probablemente necesiten tales competencias en cuanto ‘especialistas en estudios literarios’ (una performance o la escritura más experimental posible probablemente no sean útiles para postular a un trabajo o una beca). A partir de una lectura de Foucault, Santos Herceg sostiene que la entrada al orden del discurso filosófico, e incluso el académico, es usualmente acreditada por quienes ya están adentro:

Quienes pueden hacerlo son aquellos que han sido debidamente entrenados y consecuentemente acreditados. La acreditación es algo que otorgan los que ya están habilitados. Se trata de lo que se ha denominado la “autonomía” en el ejercicio de la profesión: los colegas realizan un ejercicio monopólico sobre el desarrollo de la actividad. Ellos son los que enseñan, forman, acreditan y luego evalúan (Santos Herceg 210).

De acuerdo con el autor, de este entrenamiento dependerá que el texto sea leído y, por extensión, valorado y publicado. Sorpresivamente, Santos Herceg coincide con mi diagnóstico, pues comparte que “una enseñanza sistemática en lo referente a la producción de *papers* aún no se da en la gran mayoría de nuestras instituciones” (211). Sin embargo, ignora que junto muchas veces esa ausencia se debe a una oposición sistemática y deliberada que termina excluyendo al pregrado del circuito investigativo. Con una formación de estas características, claramente, queda un vacío en los aspectos concretos de desempeñarse como un especialista en literatura en la actualidad. No bastan las referencias y el conocimiento enciclopédico, hay un saber práctico que es desenvolverse en el campo académico y literario. De este modo, los estudiantes ‘especialistas’ no tendríamos jamás acceso a los puestos que los académicos *outsiders* han ganado en la academia literaria. En el fondo, la cruzada no es contra la tiranía del paper, sino contra quienes en el futuro pueden amenazar sus puestos de trabajo. Se confirma, entonces, la curiosa imagen del Olimpo. Y otra, también mitológica y aún más lamentable: la de Saturno, pero esta vez la de un Saturno aparentemente cómplice y progresista, devorando a sus hijos.

Epílogo: discusiones en una asamblea de estudiantes de literatura

Este texto es la revisión y ampliación del discurso que leí en el primer encuentro del ciclo de “Conversaciones sobre formación en literatura en programas de pregrado” que organicé en la Facultad de Letras y el Instituto de Estética PUC. Ya la primera jornada fue una sorpresa: en mi mente sería un conversatorio, pero había una efervescencia tal que inevitablemente la jornada se tornó una asamblea. De los aproximadamente veinte asistentes,

prácticamente todos intervinieron con testimonios y con inquietudes respecto al programa de estudios. Fue muy estimulante re-encontrarnos tras años de pandemia en una asamblea, y más aún descubrir que compartíamos cierto descontento. La actividad se extendió aproximadamente una hora más de lo esperado. Algunos temas discutidos fueron la libertad de cátedra, los oficios ligados al campo literario, la paridad bibliográfica, la situación de los compañeros egresados, la escasa oferta de electivos, entre otros.

Había un diagnóstico medianamente compartido: el plan de estudios no promovía en su catálogo de cursos las salidas laborales que se nos ofrecían. La gestión cultural y editorial estaban mínimamente cubiertas, por ejemplo. En este sentido, el malestar se sentía en un programa de estudios dissociado del campo literario y sus principales encrucijadas (estudios culturales y tiranía del *paper*) y ajeno al oficio, es decir, a la adquisición de un método de escritura académica. Y otro motivo de contrariedad era que esta escasez no se debía a una ‘academización’ de la formación, como se suele acusar a la universidad, pues precisamente sucedía lo contrario. Nuestra formación en literatura solía escamotear el análisis literario, la crítica literaria, el metalenguaje y la escritura académica. Sin ir más lejos, algunas licenciaturas ya no cuentan con tesis, sino con tesina e incluso con un artículo o ensayo final.

Uno de los aciertos del ciclo, y en particular de esta primera asamblea, fue convocar a los estudiantes de pregrado en Letras a discutir sobre su propia formación. Nuestro propio quehacer es objeto de lo que debería ser nuestra disciplina. Cuestionarlo es también un signo de vitalidad crítica en la medida en que estamos insertos en un campo altamente estratificado. Cuestionar el diseño curricular de los programas de estudio de literatura es un gesto en esta dirección. El modo en que nos tocó estudiar es uno concreto y contextual. La malla ha variado históricamente, al igual que la universidad y sus proyectos educativos. Y estos responden a ciertos intereses concretos e históricos que nos competen. Por ejemplo, en ciertos planes estudios de las décadas pasadas los licenciados en Letras debían aprender una lengua extranjera.

Identifico tres tendencias que a mi juicio dejan aún más vulnerables a quienes cuenten tan solo con una licenciatura: la

proliferación de la escritura creativa, un clima anti-academicista y uno anti-teórico. Si los licenciados son verdaderamente especialistas en estudios literarios, debería ser una competencia básica, por ejemplo, la escritura de un ensayo o artículo académico, la familiarización con postulaciones y diseño de proyectos culturales, o que podamos armar de manera coherente una discusión bibliográfica o un marco teórico en estudios literarios. Y, lo más fundamental para mí, que seamos capaces de identificar y describir las coordenadas de producción crítica que sitúan nuestras prácticas y escrituras como estudiantes de letras.

Esta reflexión ha buscado pensar en general la situación del estudiante de pregrado en literatura y de los estudios literarios en una academia neoliberal. Al inicio del texto, compartí el diagnóstico que advertía el riesgo de irrelevancia de lo literario en la actualidad, no obstante, los matices con proclamas en torno a la tiranía del *paper* y la absorción por parte de los estudios culturales. Y consideré que los pregrados corren la misma suerte en la medida en que la docencia sea un aspecto colateral de una institucionalidad que se articula primeramente a partir de la investigación y divulgación científica. El académico está contratado primeramente como investigador, por tanto, su producción científica es lo que le reporta más beneficios económicos y simbólicos (posibilidad de contrato y promoción académica, redes, invitaciones a congresos, entre otros). En este diseño, la docencia es secundaria. Es decir, los docentes más apasionados no puedan vivir exclusivamente de la docencia universitaria. Quien tenga sus clases como prioridad y quien las dicte como parte del contrato tienen, en la práctica, las mismas posibilidades de posicionarse. No así quien no tenga la posibilidad de enfocarse en su producción científica. Este panorama propicia que el capital económico circule por departamentos e individuos, en desmedro del simbólico, que puede estancarse y no llegar a los estudiantes.

Si la academia literaria corre el riesgo de ser irrelevante y en el proceso de volver irrelevantes a sus estudiantes de pregrado se debe a que se está transformando en una plataforma más del mercado académico para carreras individuales, en desmedro de una valoración de los proyectos docentes colectivos en la disputa cultural. La formación del estudiante de pregrado está expuesta, en la medida en que la posibilidad de especialización esté subordinada al mercado y a la voluntad de autorías académicas

individuales. Por ejemplo, en el caso concreto del programa de estudios que cursé, al concebir a los cursos de especialidad de pregrado como la socialización de las investigaciones personales y no como una iniciativa estable, enmarcada en un proyecto educativo, como respuesta de necesidades educativas concretas. Esta dinámica propicia el reciclaje perpetuo de tesis doctorales o investigaciones en curso para acomodar la docencia en pregrado y así desviar en lo más mínimo el itinerario investigativo personal, que es donde se encuentran los incentivos e intereses verdaderamente productivos económica y simbólicamente: una vez más, una cuestión de redes, réditos y gatopardismo académico.

Bibliografía

Espinosa, Patricia. “La narrativa chilena y el riesgo de la insignificancia”. *Aisthesis* (68), 2020, pp. 301-314.

Facultad de Comunicaciones y Letras. “Literatura creativa”. Universidad Diego Portales. <https://admision.udp.cl/carrera/literatura-creativa/>.

Facultad de Letras. “Informativo malla curricular Letras Hispánicas”. Pontificia Universidad Católica de Chile, 2014.

Facultad de Letras. “Folleto Licenciatura en Letras Hispánicas”. Pontificia Universidad Católica de Chile, 2014.

Facultad de Letras. “Escritor en residencia”. Pontificia Universidad Católica de Chile. <http://letras.uc.cl/index.php/escritor-en-residencia>.

Marchant, Julieta. *Contra el cliché: genio y técnica en la poesía*. Viña del mar, Mundana Ediciones, 2022.

Opazo, Cristián. “Palabras claves para un debate público”. *Humanidades al límite: posiciones críticas en/contra de la universidad global*, editado por Cristián Opazo y María Rosa Olivera-Williams. Santiago, Cuarto Propio, 2022.

Opazo, Cristián. “El lugar de las humanidades”. *Democracias incompletas: debates críticos en el cono sur*, Fernando A. Blanco y Cristián Opazo (eds.). Santiago, Cuarto Propio, 2019.

Richard, Nelly. *Abismos temporales: feminismo, estéticas travestis y teoría queer*. Santiago, Metales Pesados, 2018.

Richard, Nelly. “Bordes académicos y saberes cruzados”. *Residuos y metáforas: ensayos de crítica cultural sobre el Chile de la Transición*. Santiago, Cuarto Propio, 2001.

Santos, José. “La tiranía del paper: imposición institucional de un tipo discursivo”. *Revista chilena de literatura* (82). 2012. 197-217.

Sarlo, Beatriz. “Los estudios culturales y la crítica literaria en la encrucijada valorativa”. *Debates críticos en América Latina 2: 36 números de la Revista de Crítica Cultural (1990-2008)*, Nelly Richard (ed.). Santiago, Editorial ARCIS/Cuarto Propio, 2008.